

19ºD. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 14,22-33.

Después que se sació la gente, Jesús apremió a sus discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla mientras Él despedía a la gente. Y después de despedir a la gente subió al monte a solas para orar. Llegada la noche estaba allí solo.

Mientras tanto la barca iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento era contrario. De madrugada se les acercó Jesús andando sobre el agua. Los discípulos, viéndole andar sobre el agua, se asustaron y gritaron de miedo, pensando que era un fantasma.

Jesús les dijo en seguida:

- ¡Animo, soy Yo, no tengáis miedo!

Pedro le contestó:

-Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua.

Él le dijo:

-Ven.

Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua acercándose a Jesús. Pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó:

-Señor, sálvame.

En seguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo:

-¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?

En cuanto subieron a la barca amainó el viento. Los de la barca se postraron ante Él diciendo:

-Realmente eres Hijo de Dios.

CONFIAR ¡SIEMPRE!

Hoy, la página del Evangelio nos describe el episodio de Jesús en el que, «*después de haber orado toda la noche*» en la orilla del lago de Galilea, se dirige hacia la barca de sus discípulos, «*caminando sobre las aguas*». La barca se encontraba en medio del lago, bloqueada por un fuerte viento contrario. Cuando ven venir a Jesús los discípulos «*lo confunden con un fantasma y se aterrorizan*». Pero Él los tranquiliza: «*¡Ánimo, soy Yo, no tengáis miedo!*». Pedro, con su espíritu impulsivo, le dice: «*Señor, si eres Tú, mándame ir a tu encuentro sobre el agua*». Y Jesús le dice «*Ven*». Pedro, baja de la barca y se dirige hacia Jesús caminando sobre el agua, pero a causa del viento «*comienza a hundirse*». Entonces grita: «*Señor, sálvame*». Y Jesús le coge de la mano y le dice: «*Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?*».

Esta narración del Evangelio contiene «*un rico simbolismo*» que nos hace «*reflexionar sobre nuestra fe*», como «*personas individuales*» y también como «*Iglesia que somos*». Los hechos del Evangelio no han sido escritos sólo para ser contados, «*han sido escritos para ser vividos*», para pasar de ser espectadores a ser actores, para «*aplicarlos en nuestra vida cotidiana*».

Esta historia es una invitación a «*abandonarnos con confianza en Dios*» en todo momento, especialmente «*en los momentos de prueba y de turbación*». Cuántas veces nuestra vida se parece a esa barca «*zarandeada por las olas a causa del viento contrario*». Esa barca zarandeada puede ser el propio matrimonio, los negocios, la salud... El viento contrario puede ser la hostilidad y la incompreensión de las personas, los reveses continuos de la vida, la dificultad para encontrar casa o trabajo...

Quizás en un comienzo hemos afrontado con valentía esas dificultades, decididos a no perder la fe, a confiar en Dios. Digamos que durante un tiempo nosotros también hemos caminado sobre las aguas, es decir, hemos confiado en la ayuda de Dios. Pero después, al ver que nuestra prueba era cada vez más larga y dura, hemos sentido que no podíamos más, que nos hundíamos y hemos perdido la valentía del principio.

Son los momentos en los que sentimos fuertemente la duda y el miedo hace parecer que nos hundimos. Son esos momentos difíciles de la vida, donde todo se vuelve oscuro. Y en esos momentos no tenemos que avergonzarnos de gritar, como Pedro: «*¡Señor, sálvame!*». Llamar al corazón de Dios, al corazón de Jesús: «*¡Señor, sálvame!*». ¡Es una bonita oración! que podemos repetirla muchas veces: «*¡Señor, sálvame!*».

Y ese gesto de Jesús, que enseguida tiende su mano y tranquiliza a su amigo Pedro, es algo a tener siempre presente. Jesús es esto, Jesús hace esto, **«Jesús es la mano del Padre que nunca nos abandona»**, la mano fuerte y fiel del Padre, **«que quiere siempre y solo nuestro bien»**. Dios no es el huracán, no es el incendio, no es el terremoto. Dios es la brisa ligera, **«el susurro de una brisa suave, que no se impone, que solo quiere que le escuchemos»**.

Tener fe, en medio de la tempestad, quiere decir **«tener el corazón dirigido a Dios»**, a su amor, a su ternura de Padre. No nos quita las tempestades de la vida, pero nos da la seguridad de una **«Presencia»**. Es la presencia de Jesús que **«nos impulsa a superar las tormentas de la vida»**, es una mano que nos coge para ayudarnos a afrontar las dificultades, **«indicándonos el camino incluso cuando está oscuro»**. La fe **«no es una escapatoria»** a los problemas de la vida, sino un sostén en el camino y un sentido para vivir.



Jesús quería enseñar esto a Pedro y a sus discípulos y, también hoy, a nosotros. En los momentos oscuros, en los momentos de tristeza, Jesús sabe bien que **«nuestra fe es pobre»**, **«todos somos gente de poca fe, todos»**, y que nuestro caminar por la vida puede estar **«influenciado»** o incluso, bloqueado por fuerzas adversas.

¡Pero Jesús es el Resucitado! Él es el Señor que ha vencido a la muerte para ponernos a salvo. **«Él está presente junto a nosotros»**. Y levantándonos de nuestras caídas, **«nos hace crecer en la fe»**. Quizá nosotros, en la oscuridad, gritamos: **«¡Señor! ¡Señor!»**, pensando que está lejos. Y Él nos dice: **«¡Estoy aquí!»** Y vemos: **«¡Ah, estaba conmigo!»** Así es el Señor.

También **«la barca a merced de la tormenta es la imagen de la Iglesia»**, que en todas las épocas encuentra vientos contrarios, a veces pruebas muy duras: las persecuciones sufridas en otros tiempos pero que también se siguen sufriendo ahora o, esos abusos sexuales a niños y jóvenes a cargo de personas religiosas, que hoy son motivo de gran zozobra, son algunas de ellas.

En esas situaciones se puede tener la tentación de pensar que Dios ha abandonado a su Iglesia, pero en realidad no es así. Son precisamente los momentos en los que **«resplandece más el testimonio de la fe, el testimonio del amor, el testimonio de la esperanza»**. Es la presencia de Cristo resucitado en su Iglesia la que dona **«la gracia del testimonio»**, incluso hasta el martirio, del que **«brotan nuevos cristianos»** y **«nuevos frutos de reconciliación y de paz»** por el mundo entero. ¡Que así sea!